

EL PARTIDO CONSTITUCIONAL.

AÑO I.

San José de Costa Rica, A. C., 17 de Setiembre de 1891.

Número 166.

REDACTOR,

Otoniel Pacheco.

ADMINISTRADOR,

Daniel Zeledón.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Bufete del Lic. don Victor Orozco.

Avenida 7ª—Oeste.—Número 19

Apartado N.º 228.

CONDICIONES:

Suscripción por mes. \$ 1-00

Número suelto. 0-10

AGENTES.

San José.....	La Administración.
Guadalupe.....	Don Nicolás Gutiérrez.
San Vicente.....	Ignacio Huertas.
San Juan.....	J. Rodríguez Vargas.
San Pedro del Mojón.....	Rafael Segura.
Hatillo.....	Rafael Solano.
Alajuelita.....	Romón Solano.
Curridabat.....	Juan R. Mora Ch.
Santa Bárbara de Pavas.....	Fulgencio Matamoros.
La Uruca.....	Juan M. Rojas.
Escasú.....	Julián Mata.
Santa Ana.....	Juan B. Muñoz.
Desamparados.....	Apolinar Monje.
Puriscal.....	Jorge Retana.
Aserri.....	Juan Castro.
San Ignacio.....	Agustín Mesén.
Cantón de Mora.....	Eñías Mora G.
San Marcos.....	Eustaquio Mora.
Santa María.....	José María Ureña.
Alajuela.....	Zenón Castro.
San Ramón.....	Pedro Urrutia.
Grecia.....	Victoriano Vega L.
San Mateo.....	Joaquín Vega.
Atenas.....	D. Ruiz.
Naranjo.....	Lorenzo Corrales.
Palmares.....	Juan María Esquivel.
Cartago.....	José Madriz.

REPRODUCCIÓN.

Dulce et decorum est pro Patria mori!

Apoteosis de Juan Santamaría.

EL HERALDO.

15 DE SETIEMBRE DE 1891.

(□)

COLABORADORES.

Ricardo Jiménez.—Rafael Iglesias.—Anselmo H. Rivas.—Cleto González Viquez.—Enrique Guzmán (El Moro Muza).—Angel A. Castro.—Rubén Darío.—Juan F. Ferraz.—Pedro Ortiz.—Leónidas Pacheco.—Miguel Ramírez.—Juan José Ulloa.—Francisco Serrano.—Mariano Zelaya B.—Carlos Gagini.—Justo Facio.—Francisco Montero B.—Federico Witting.—Juan María Muriello.—J. Marcelino Pacheco.—Emilio Pacheco.—Manuel Arguello de Vars.—Otoniel Pacheco.

Número extraordinario.

San José de Costa Rica.

REDACTOR,

Pío Viquez.

LE DEVENIR.

Lo de Guillermo Tell ha resultado una leyenda; pero es la leyenda de un pueblo

viril que ha sabido conservar su independencia, sus libertades y su federación,—acaba de cumplir seis siglos,—á través del tiempo y de circunstancias que parecían hacer de su autonomía un sueño imposible.

Lo del Cid fué un romance popular, pero es el romance de una raza cuya historia de la guerra de independencia, contra Napoleón, por lo heroica, vale lo que el romance; es una nueva versión de él, con la diferencia de que en ella los moros son los franceses y el Cid el pueblo, el insubiyugable pueblo español. La Ilíada fué también una leyenda; pero es la leyenda de un pueblo que en el molde de los héroes de Homero creó los héroes de Maratón, Salamina y Platea. Agamenón, Aquiles, Ajax, Diomedes no existieron; pero sí los que perecieron con Leónidas, en el suicidio de las Termópilas. Según nuestros excépticos, el Erizo no reprodujo aquel suicidio glorioso; no es cierto que al aplicar la llama al edificio fuera herido en el brazo derecho, ni que entonces tomara la tea en la mano izquierda; y no es cierto, tampoco, que muriera en el acto de ver ascender en el cielo aquel incendio, que fué la aurora del triunfo definitivo de nuestras armas. Tendrán razón los incrédulos; mas una cosa sí es cierta, y es que el pueblo que enseñe á deletrear á sus hijos en la inscripción del monumento de Juan Santa-María á la luz ideal de la antorcha que agita en su mano; el pueblo cuyos hijos conserven en su cerebro la imagen de la estatua del héroe como la primera noción de patriotismo que penetró en el despertar de su inteligencia, producirá, cuando la Patria lo demande, más de un Erizo que inmole su vida en defensa de Costa Rica y de sus instituciones libres; que trasforme en acto el episodio que llaman legendario; y pues si no hubo un Erizo en el pasado, lo habrá en el porvenir.

RICARDO JIMÉNEZ,

Á JUAN SANTAMARÍA.

(15 de Setiembre de 1891).

La antorcha luminosa que ostentas en tu diestra, no en vano ha brillado desde el 56:—las sombras de la duda que amenazaban arrebatar tu nombre á la inmortalidad, se han desvanecido.—La verdad histórica consignada está!

Como libertador de la Patria, ella te evoca en este día solemne, aniversario de su independencia.—Agradecida, immortaliza en un bronce tu memoria! Conmovida te saluda!

R. IGLESIAS.

Juan Santamaría.

Cartago, 14 de Setiembre.—1891.

Señor don Pío J. Viquez,

Director de "El Heraldo".—San José.

Mi muy apreciado amigo:

Quisiera poder corresponder dignamente á la galante invitación que usted me ha hecho á efecto de escribir para su ilustrado periódico algunas líneas consagradas al humilde héroe de Alajuela, á cuya grata memoria erige hoy un monumento el patriotismo costarricense.

Pero por una parte, la necesidad de hacer mi viaje á esta antigua capital, me ha quitado el tiempo necesario para un trabajo de esa naturaleza; y por otra, la situación de ánimo en que me encuentro á causa de las desgracias de mi país, en las que tan grande y tan directa parte me cabe, no

es la más aparente para una lucubración que necesita calma, meditación y entusiasmo.

Cuando pienso que hoy, víspera del LXX aniversario de nuestra emancipación política y XXXV de la gloriosa batalla de San Jacinto, en la que el patriotismo nicaragüense obtuvo espléndido triunfo sobre las fuerzas del filibustero William Walker, Nicaragua está amenazada de perder todas las grandes conquistas que á fuerza de una labor asidua y á costa de inmensos sacrificios, ha hecho en lo social, político y económico, me siento inclinado más que á contar proezas del patriotismo, á llorar sobre las desgracias de mi patria, como Jeremías sobre las ruinas de Sión.

El gran día de la Patria y el acto de justicia nacional con que la festeja el noble pueblo de Costa Rica son temas fecundos que se prestan á las más elevadas consideraciones patrióticas. Mucho y con mucha brillantez se ha escrito respecto de los heroicos esfuerzos y de los grandes sacrificios que hicieron los próceres de nuestra independencia, por sacudir la dominación de tres siglos que hacía pesar sobre nosotros una de las más poderosas monarquías de Europa, nación tan grande que en sus dominios no se ponía el Sol; pero son absolutamente desconocidos los grandes hechos ejecutados por los centro-americanos á efecto de que se conserve incólume el precioso tesoro de libertad é independencia que nos legaron aquellos patriotas inmortales.

Uno de esos hechos es el que hoy honra Costa Rica, perpetuando la memoria de Juan Santamaría, el humilde soldado que el 11 de Abril de 1856 sacrificó su vida por salvar al ejército costarricense, incendiando con su propia mano el mesón de Guerra de la ciudad de Rivas, para desalojar al usurpador extranjero, que lanzaba desde allí sus mortíferos fuegos sobre los que defendían el suelo de la Patria.

Heróico y meritorio fué el sacrificio de Juan Santamaría, corriendo á una muerte cierta por salvar al ejército de su país, y grande y patriótico es el acto del Gobierno y pueblo de Costa Rica, al tributarle los honores de la apoteosis, sacándolo de la oscuridad para enseñanza de los centro-americanos.

Si todos los pueblos y Gobiernos de Centro América hicieran con sus héroes lo que los de Costa Rica con los suyos, no se sintiera decaer en esos países tan lastimosamente el patriotismo. Concretándome sólo á Nicaragua ¿qué ha hecho aquel país por honrar la memoria del heroico joven Francisco Elizondo, que en el primer encuentro con los filibusteros, en la misma ciudad de Rivas, en la acción del 29 de Junio de 1855, sacrificó su vida, lo mismo que Juan Santamaría, incendiando con su propia mano la casa en que estaban guarecidos los enemigos de nuestra Patria?

¿Qué ha hecho por enaltecer al sargento managüense, Andrés Castro, que defendió un reducto de la hacienda San Jacinto, en la gloriosa jornada del 14 de Setiembre de 1856, matando de una pedrada al audaz filibustero, que lo había tomado? Nada!

Pero ¿qué mucho que se echen en olvido esos y otros tantos heroísmos anónimos, cuando la memoria de los grandes campeones de la campaña nacional de los héroes de Yúcul, San Jacinto y Jocote, en vez de ser honrada es escarnecida?

Dichosa Costa Rica que encuentra con un Gobierno que tiene la verdadera concepción del patriotismo, y emplea medios adecuados para impulsarlo.

Permítame usted, señor Viquez, expre-

sar por medio de su periódico, mi voto de admiración al héroe de Alajuela, y congratular al pueblo y Gobierno de Costa Rica, por la manera noble y patriótica con que celebran el LXX aniversario de nuestra independencia.

Soy de usted atto. y s. servidor,

A. H. RIVAS.

NATURAL parecía haber inaugurado la estatua de Santamaría un once de Abril; más ya que no pudo ser el día aniversario de la batalla de Rivas, ninguna fecha más propia que el 15 de Setiembre.

En efecto, Santamaría, el oscuro soldado, el humilde hijo del pueblo, caminando con paso firme y corazón entero á una muerte infalible, es la figura que, embellecida más tarde por la leyenda como lo fueron siempre los héroes populares, simboliza y encarna todos los esfuerzos y sacrificios que hicieron los costarricenses en las campañas de 56 y 57 para conservar su libertad comprometida. Juntos van bien, pues, la fecha de la proclamación incruenta de nuestra independencia y la fiesta dedicada á quien significa para nuestros mayores en defensa del campo santo de la patria y á quien nos trae á la memoria aquella época aciaga en que cayeron tantas víctimas, unas al certero disparar de los rifles enemigos y otras arrebatadas por los fieros retortijones y fieros calambres del cólera morbo, fruto de la guerra.

No hay que dudarle. Era preciso, para apreciar cuanto vale la libertad obtenida en 1821, un poco de regalo, que hubiese necesidad de mantenerla *ferro et igne*. Hoy la tenemos ganada, y Santamaría quedará siempre en la historia de Costa Rica como uno de los padres de su independencia.

Cleto González Víquez.

Invitación no aceptada.

Que escriba para EL HELALDO cuatro renglones siquiera acerca de la doble festividad que hoy celebra Costa Rica, me pide mi buen amigo don Pío Víquez.

Vaya un compromiso!

Trátase de asuntos heroicos que requieren la trompa épica de Tirteo, el peplo y el severo coturno de Melpómene, el casco de oro de Minerva, y yo sólo conozco rústicos desapacibles instrumentos; voy siempre en chancos, según lo afirmó con verdad cierto poeta paisano mío que anda ahora por estas latitudes; visto el traje de colorines del antipático Momo, y nunca he llevado en la cabeza otro tocado que el gorro con cascabeles del dios de los payasos.

Y me había de poner á cantar, en semejantes condiciones y con tal vestimenta, la Independencia de Centro América y la gloria imperecedera de JUAN SANTAMARÍA!

Ah, señor Víquez, de ninguna manera! Le echaría á perder á usted su periódico y á todos los costarricenses su hermosa fiesta.

No soy poeta: usted lo sabe bien. Ayer no más decía en Nicaragua, copiando no recuerdo á quien:

*Apolo me negó su numen santo;
La inspiración, el cielo.*

No soy tampoco orador elocuente ni profeta de alto vuelo, de esos que saben hacer frases resonantes y brillantísimas, con las que al par que halagan cual celeste música los oídos, encienden en entusiasmo los corazones.

¿Qué título, pues, tengo yo para unir mi voz chillona de Arlequín al armonioso coro que hoy ha de celebrar la hazaña inmortal del tambor JUAN SANTAMARÍA?

He visto por ahí, en los periódicos josefinos, que se me llama *notable literato*; y en la lista de los críticos centro americanos, aunque crítico detestable por supuesto, me pone mi compatriota Rubén Darío, á quien dice que trescientos mil nicaragüenses, "todos muy brutos", se les cae la baba cuando leen mis mamarrachos.

Literato! Crítico! Qué ocurrencias tenemos! ¿Sabe usted, señor Víquez, lo que significan todas estas exageraciones risibles?

Que en Centro América como en la Provenza el espejismo pinta maravillas y el sol es un gran embustero; que nos hallamos en la tierra caliente de las hipérbolas andaluzas y tarasconenses, y que no hay que tomar al pie de la letra nuestros calificativos y cognomentos.

Sólo en Tarascón se oyen estas cosas, dice Alfonso Daudet refiriéndose á los *dobles músculos* de que suponían dotado á *Tartarin* sus admiradores.

Sólo en Tarascón! Viniera Daudet por aquí, y vería que San José es *París pequeño*; Nicaragua, *la Suiza centro americana*; San Salvador, *la heroica y soberbia Cuscatlán*; Granada, *la Sultana del Gran Lago*; *literato*, el atrevido zascandil que sin saber Gramática siquiera se pone á borrar cuartillas; *eminente juriconsulto*, el rábula cuellerguido y cejijunto; *hábil artista*, el rascador de vihuela ó el infeliz pintamonas, y *poeta inspirado*, *hijo predilecto de las Musas*, cualquier inaguantable caquiverista que se consagra á imitar en mal castellano á los *decadentes*, *impresionistas* y *parnasianos* franceses.

Pero por dónde me he metido, Dios eterno! ¿Y la Independencia de Centro América? ¿Y JUAN SANTAMARÍA? ¿Qué se han hecho?

De veras que ya los iba dejando olvidados. ¡Pecado mortal imperdonable en este día de hoy!

No vaya usted á creer, señor Víquez, por lo que le he dicho, que lo heroico, lo grandioso, lo sublime no enganchan en mi espíritu; nada de eso. Pero sucede que, por un fenómeno psicológico que nada tiene de raro, el sentimiento no halla la expresión, la idea no halla la palabra cuando pretendo levantarme un palmo sobre la prosa de la vida y las vulgaridades terrenales.

La Independencia de Centro América ¡ójalo usted y escandalícese! me deja á mí completamente frío. No puedo admirarla, y mucho menos celebrarla; y si por esto me llaman osecurista, y *recalcitrante* (como dice el Doctor Montúfar) y *servilón* y *cachureco* y *chircagre*, pues que me llamen como quieran.

En cuanto á JUAN SANTAMARÍA, creo que lo merece todo: monumentos de bronce, y flores á manos llenas; las odas del poeta y los discursos del orador; laureles sin número y bendiciones sin término.

Pero por lo mismo que tanta veneración me inspira el mártir glorioso de Alajuela, no le faltaré al respeto yendo en este día á interrumpir con mis torpes mamarrachadas el himno solemne que entona en su homenaje todo el pueblo costarricense.

Me limito á inclinarme reverente ante su estatua y á decirle: LAS LLAMAS DEL MESÓN DE RIVAS ILUMINARÁN PARA SIEMPRE TU NOMBRE CON DIVINOS RESPLANDORES EN LAS PÁGINAS DE NUESTRA HISTORIA.

EL MORO MUZA.

SEMBLANZA.

Hay un pueblo admirable, modelo de pueblos libres, dechado de virtudes republicanas, centro de sabiduría.

Habita, como el nuestro, entre montañas agrestes.

Pujante y digno es, aunque pequeño, santuario inviolable de la Democracia.

Viril y altivo, pudo ser libre y mantener, ya hace siglos, sus eximias instituciones.

Densa bruma oculta la alborada de su emancipación; mas canta con júbilo á su libertador en la balada campesina y en el himno épico.

El nombre del prócer es inseparable de su historia, de sus recuerdos, de sus tradiciones. . . . No es ya un hombre: es un sentimiento nacional.

—El certero tirador de ballesta, el matador de Gessler, el barquero audaz que lanzó el grito de libertad ¿es un mito? es una realidad histórica?

—¿Partió de su brazo atlético el primer hachazo asestado en la raíz del poste fatídico que sustentara las cadenas de la esclavitud helvética?

—¿Las hazañas del misterioso paladín copian la leyenda escandinava ó en verdad son el arranque de una epopeya real?

Discútanlo la Historia y la Fábula que Guillermo Tell será siempre una página simpática de las tradiciones heroicas de la Suiza; como las *brujerías* de Juana de Arco en las del pueblo francés y como la anéc-

dota de los hijos de Marte y Rhea Silvia en las de la nación romana.

Si en la lucha cayese el ídolo ¿sería menos famoso? cubriríale el olvido en sus oscuras ondas? No puede ser, mientras le ofrezcan trono estrellado las musas de Rossini y de Schiller en el santuario del Arte.

II.

Hay otro pueblo, el más pequeño de América, de cultura embrionaria, de paso resuelto en las vías del progreso, sobrio, huraño, ambicioso, devoto de su derecho. Abandonó en plena infancia el regazo materno, creció independiente y alcanzó confianza de que su autonomía sería inviolable. De improviso detiéndole el paso una riña cruel: hordas salteadoras de aventureros sin ley invaden el hogar de una nación hermana, cansada y desprevenida. Irrítale la actitud de la canalla mercenaria: sobrecógele la horrenda hecatombe: indignale la infernal albórbola del osado filibustero que avanza; y frenética arma sus huestes y las arroja al combate. Trueno la primera descarga en Santa Rosa; empéñase lucha terrible; el invasor vacila.—Es forzoso echar de Rivas al costarricense y no dejarle salir de sus montañas, es el pensamiento que aúna las patrullas enemigas; y marchan luego sobre la plaza fuerte que logran asaltar. Apodéranse de magníficas posiciones en el corazón de la ciudad. El sitio es terrible. La voz de alarma puso de pie como movidas por electricidad á nuestras tropas inexpertas, toman las armas, se pertrechan y se traba formidable combate entre sitiados y sitiadores. Pasma la mortandad, rinde la fatiga, prólonganse las horas. . . . Walker hace destrozos en las filas costarricenses desde el Mesón de Guerra que le sirve de baluarte; la artillería no lo rinde. . . . ¡Hay que incendiar el Mesón! dicen nuestros soldados. . . .

En dónde está el hombre? . . . no se hizo esperar.

—Ahí viene impasible como un Dios. . . . Es Juan Santamaría. . . . Vedle! . . . un soldado raso. . . . Ya arroja el impotente fusil. . . . tranquilo como el deber confecciona la incendiaria tea. . . . ya la enciende. . . . ya marcha presuroso sobre el Mesón. . . . ya le aplica el hacha destructora aquí y allá!

—¿Qué sucede? . . . ¿Por qué ha caído la antorcha? ¡No! que la recoge con la mano izquierda el héroe temerario y la aplica de nuevo al Mesón. . . . ¡su brazo derecho entretanto es una fuente por donde se le escapa la vida. Trascurren instantes brevísimos. . . . atronadoras descargas de fusilería salen de las claraboyas y despedazan el pecho del soldado insigne. Vacila su cuerpo. . . . alza al cielo los ojos abatidos, suelta la tea y se desploma envuelto en la púrpura de su sangre!

Sordo rumor de trueno se escucha en la ciudad. . . . Un minuto después las llamas devoraban el mesón temido y el enemigo huía lleno de pavor. Los músculos del León cesaban de palpar! El sublime rencor del héroe salvó el honor de nuestras armas el once de Abril.

Tu vengadora tea, oh mártir de la patria, proclama tu apoteosis con más solemnidad y pompa que puedan hacerlo la gratitud de un pueblo y el fallo de la historia.

III.

Han transcurrido treinta y cinco años. La crónica avara ocultó la proeza ilustre. ¡Fueron tantas las heroicidades del once de Abril!

La musa de la Retórica negó sus galas al relato de la batalla cruenta; y quedaron en el olvido hechos y nombres que parecen mitos.

Tal sucedió con el oscuro soldado á quien disputan la Historia y la Fábula como al héroe de la Suiza.

Mas la sangre redentora del Gallego tiene aún el altar del sacrificio. Y viven sus compañeros de armas y. . . . escrita está por ellos la acción heroica.

Deja, oh Santamaría, que la Fábula quiera arrancarte de tu olimpo y hacer de tu episodio la parábola DEL INCENDIARIO ARMADO DE UNA TEA que olvidaron Egipto y Fenicia, Grecia y Roma!

No importa; ya se te admire en la leyenda, ya en las tradiciones patrias, tú serás símbolo del honor nacional, penate de nuestro hogar libre, escudo de nuestra soberanía!

ANGEL ANSELMO CASTRO.

Bronce al soldado Juan! Música, himnos al Mestizo! Pompas y gloria al "gallego"! Costa Rica celebra al pueblo en el soldado, y al heroísmo en el ciudadano humilde, que murió valiente, en trance raro y épico, digno del canto de un Homero indígena, con su antorcha en la mano! Bronce al soldado Juan! para que vea el costarricense de mañana, en su civilización creciente y brilladora, cómo eran los que iban arma al hombro, al son del clarín de las viejas campañas, mandados por capitanes que hoy tienen la cabeza, fogueada antaño, llena de canas. Buenos tiempos viejos, caros á nuestros padres! Entonces fué cuando se echó al bucanero de rifle y bota, como á una fiera invasora; entonces era cuando cantaban en los campamentos los soldados bravos, canciones patrióticas al son de la guitarra que iba sobre el morral del sargento ó la chamarra del cabo, para alentar y alegrar con sus cuerdas, en las noches de vivas, á los que luchaban por la patria y por la libertad.

Eran los atrevidos combatientes de la guerra nacional; era el momento histórico en que Costa Rica fué el país salvador de sus hermanas de Centro América. Y en una noche, en un instante de entre los hijos del pueblo, brota una hermosa encarnación del heroísmo, admirablemente á propósito para ser eternizada en una estatua por un escultor fogoso y fuerte, por un artista magistral.

Juan Santamaría.....! He oído discutir su acción.....; que es vago y dudoso el personaje.....; que no es de Alajuela sino de Barba.....; que era feo, con el pelo erizado, que era un hombre vulgar.....; truenos de Dios! Si no hubiera existido sería un sagrado símbolo para la noble patria costarricense! Del estúpido Eróstrato se sabe que existiese, incendio brutal y desatentado, después de tantos siglos que han pasado sobre su memoria. Ayer no mas realizó su triunfo Santamaría y ya habría qué discutir su existencia?

Nazca en Barba ó en Alajuela, ó en San José, lo que brilla es su frente de héroe, ya resplandeciente en una lírica y espléndida apoteosis. La pobre madrecita, hija del pueblo como él, y á quien se le dió pensión escasa aunque aliviadora, diría cómo era su hijo Juan Santamaría, "el gallego", "el erizo", el pobrecillo que ahora tiene un pedestal de granito para su estatua y una gloria de luz inmortal para su nombre.

Se ha comparado á Juan Santamaría con Ricaurte. Ambos son de sangre heroica, y en la sublime democracia de la gloria, pasan juntos bajo el mismo arco de palmas, ceñidos con los mismos laureles, el capitán gallardo que voló el polvorín y el soldadito atrevido que prendió fuego al mesón.

Cuando llegaron á Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de Abril del año 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa, sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas, la diosa soberbia que haría resonar el nombre humilde, al eco augusto de su bocina de oro. Íbase á arrojar del suelo de Centro América al bizarro aventurero y sus cazadores yankees; íbase á combatir con ellos y con los nicaragüenses que se unían á los invasores de Guillermo Walker. Así era la campaña de nobilísima! Así caminaban los batallones costarricenses, á ayudar al hermano á echar de su casa al filibustero.

La bandera de Costa Rica, flamea en una luz de triunfo, en el día en que se inaugura la estatua del héroe popular. Quiera Dios que en determinados tiempos y en distintos lugares surjan del pueblo figuras grandiosas, dignas de los cantos de los bardos y de los monumentos inmortales. Salen de entre los proletorios, del campo ó de la montaña. Ya es Tell, el cazador de la Suiza, cuyo enorme perfil se pierde entre las vagas nieblas de la leyenda; ya es Aldea, el sargento de Chile, que como Santamaría en Alajuela, tiene en Valparaíso su simulacro de bronce, que saludarán con respeto y admiración profundísima las generaciones venideras. Estos son los buenos, los grandes, los que no mueren en la memoria de las naciones; estos son los que se cantan en los romanceros, y en las epopeyas, los que lucen con mayor aureola en las historias y en los anales, los que sirven de eterno ejemplo y de eterna enseñanza, y forman en el cielo de la patria, resplandecientes y supremas constelaciones.

Bronce al soldado Juan! Música é himnos al Mestizo! Gloria al que se sacrificó por la libertad bajo el triunfante pabellón de su tierra! Apoteosis al hombre mínimo, cantado la primera vez por la palabra himnica y fogosa de Álvaro Contreras; celebrado por los versos de los poetas nacionales, eternizado en el metal de la inmortalidad por el cincel de artefacto europeo; y cuyo nombre y recuerdo vivirá por siempre en el corazón de todos los costarricenses.

RUBÉN DARÍO.

Visión walkeriana.

I.

Había pasado el momento sublime de la apoteosis del Héroe.

Había pasado también el entusiasmo estallante de las multitudes.

Y había pasado, en fin, el aparato oficial de la gran fiesta nacional del patriotismo.

II.

Era una noche oscura, como los oscuros días del Erizo, antes de ser deificado por la fama, idealizadora y poética; oscura como los hogares de los pobres abandonados de la Fortuna; oscura como el porvenir del huérfano, como la conciencia de un triste, como la memoria de un rey desterrado.

Soplaba un viento seco y desolador, y dando en la afilada y brusca silueta de la estatua de Juan Santamaría, formaba en aquella negra soledad una especie de armonía de aquelarre, con chirridos de velas y silbos de lechuzas y bostezos de duendes.

III.

Yo estaba allí acurrucado, espionando la estatua.

De improviso ví entre las sombras una sombra más negra, aspecto de guerrero de los tiempos medios, con casco caprichoso y alado y armadura erugiente, despedazada.

La rota espada sin embargo centelleaba con una como fosforescencia infernal, que jugaba con las llamaradas eléctricas que intermitentemente salían de los hundidos ojos de Guillermo Walker.

IV.

Y el filibustero, delante ya de la estatua, alzó la voz cavernosa y dijo:

"Oh tú, figura desconocida y olvidada hasta ahora de los tuyos; mito abrigado por el genio de oradores y poetas; ciudadano hoy de los vastos dominios de la Historia!

"Oyeme.

"Yo soy aquél que trajo el incendio á tu patria y derramó tu sangre y la de tus hermanos, sobre el ara de la ambición y de la guerra.

"Yo soñé con una nueva estrella para el pabellón de mi patria, ó con una nueva patria que emulando á aquélla, grande y poderosa de los Washington y de los Lincoln, pudiera realizar sus grandes destinos con holgura entre ambas Américas y entre ambos Océanos, y fuera como un esla-

bón de oro entre el Norte y el Sur, y como un puente de brillantes entre el Naciente y el Ocaso, entre el Asia cargada de mantos viejos de viejas civilizaciones y la Europa hastiada ya de las orgías de la ciencia y del arte, matrona avergonzada de sus mocedades locas.

"Yo metí mi espada sanguinosa en las entrañas vírgenes de tu tierra de promisión, no para desgarrarlas sino para hacerlas fecundas.....

V.

"Pero tú, soldado oscuro, tambor sin nombre, tocaste á rebato, y diste á los tuyos ejemplo imperecedero de patriotismo, y les enseñaste el camino de la gloria.

VI.

"Tu patria, sin embargo, está hecha girones; el pueblo de Centro América, dividido y en discordia; no se aman como hermanos tus coterráneos sino en la guerra, y en la paz..... casi se aborrecen!

VII.

Empero, venciste!"

VIII.

Y huyó la sombra de William Walker. Y cesó el viento.

Y la estatua de JUAN SANTAMARÍA siguió muda y solemne, en la eterna posición del patriotismo que inflama y que levanta el espíritu, con la tea de la ira en la mano y mirando al porvenir!

JUAN F. FERRÁZ.

HOMENAJE.

Hay héroes anónimos que hacen silenciosamente la jornada; luchan, sufren, sucumben ó vencen en la sombra, sin que el resorte de la ambición los impulse, ni la perspectiva de la recompensa los seduzca, ni la embriaguez de la venganza los halague, ni los atraiga al abismo el miraje engañoso de la fama.

Estas son sin duda las más modestas, pero las más puras glorias nacionales.

Las cenizas de estos héroes no suelen recogerse en urnas doradas, ni guardarse en imperecederos monumentos: esas cenizas van dispersándose el viento del olvido; y la gran tribuna pública, que recuerda y magnifica los hechos de los grandes capitanes, ó de los héroes afortunados, apenas fija la mirada en el montón sin nombre de víctimas humanas que yacen en el campo.....! La crónica del combate apenas dice fríamente: "hubo tantas bajas," "los patriotas de la columna tal se batieron como bravos."

La historia, además, es con frecuencia adolorada del buen éxito. ¡Cuántas veces bajo los escombros han quedado ocultas por la catástrofe las huellas de la abnegación y el denuedo!

Juan Santamaría pertenecería sin duda alguna á estos héroes anónimos, á estos ilustres desconocidos, si la elevación moral y la cultura de Costa Rica no hicieran su apoteosis, yendo más allá de cuanto pudo esperar y entrever el modesto patriota en sus sueños de soldado.

El 29 de Abril de 1855, como Juan Santamaría, y antes que él, el invicto ciudadano Francisco Elizondo prendió fuego á los atrinchamientos enemigos, muriendo en la demanda; y hasta la vez no se ha pensado en Nicaragua en la glorificación de su memoria.

Aquí, cediendo á una feliz inspiración, se erige una estatua á Juan Santamaría, lo cual es justicia y enseñanza; justicia que estimula y aviva el amor de la patria; enseñanza que prepara al pueblo á las grandes acciones, con el perpetuo recuerdo de un glorioso ejemplo.

Ante la imaginación popular se ofrecerá siempre la figura de Juan Santamaría, destacándose en el fondo de aquella sangrienta escena del 56, iluminada y engrandecida al siniestro fulgor del incendio, que tomó el desastre en súbita victoria.

Desde treinticinco años há las lenguas de fuego en que se abrasó el mesón de Rivas, pregonaban la gloria del mártir de Alajuela. Hoy el reconocimiento público interpreta fielmente ese lenguaje; hace de la tea del 11 de Abril un símbolo sagrado, y convierte la efígie del héroe que despierta la noble emulación, en un oráculo, que revelará á Costa Rica en los grandes trances nacionales el secreto de su destino.

PEDRO ORTIZ.

San José, 15 de Setiembre de 1891.

(Continuará.)

GACETILLAS.

LA GRAN FIESTA.—El espectáculo que presentó ayer la ciudad de Alajuela es para que lo describa una mano maestra.

Veremos quien nos hace esa descripción, pues nosotros no pudimos ver todo.

ADMIRABLE fué el orden que reinó en Alajuela durante toda la celebración, á pesar de la inmensa aglomeración de gente de todas partes.

CON gran placer comenzamos hoy á reproducir los preciosos trabajos que como apoteosis de JUAN SANTAMARÍA publicó "El Herald" en su número extraordinario del 15 del corriente.

DOÑA FANNIE C. LOVELL DE ARROYO, natural de California y vecindada en la República, murió en esta capital en la tarde del 14 del corriente. Damos sentido pésame al apreciable caballero don Yanuario E. Arroyo, marido de la finada.

PUBLICAMOS con sumo placer el discurso que en el baile de los artesanos de Cartago pronunció don Rafael Meoño.

Señoras, señoritas, ciudadanos:

A nombre de la clase obrera y en particular de la Sociedad de Artesanos de Cartago, tengo el honor de dirigiros mi pobre palabra. Para ello no pretendo halagar vuestros oídos con hermosas y elocuentes frases, ni pensamientos bellos y floridos; temo que mis pobre sé incorrectas ideas dejen en vuestros imaginación desagradable recuerdo, pues en ellas no notaréis producciones dignas de abstraer por un momento vuestra atención, carezco de aptitudes, y por lo tanto pido me concedáis indulgencia mientras dure mi pobre discurso, y no os fijéis en la estructura de mis débiles expresiones, sino en el objeto que las mueve: pues él está poseído del sentimiento fraternal hermanado con el de gratitud.

Sí, señores la gratitud, ese bálsamo fecundante que orea la existencia, esa fuerza poderosa que une los seres, es lo que antes de todo tributaré á nuestro ilustre Jefe, el señor Presidente, por el empeño que dignamente se ha tomado para ver terminado este edificio, que dentro de poco tiempo será el santuario de la enseñanza. ¡Enseñanza, palabra sublime que hace palpar los corazones que saben sentir! elemento poderoso de las naciones que con su impulso caminan rápidamente para el seno del progreso dejando un rastro luminoso, cuyos rayos van á orlar la frente de todo aquel que ha dado empuje á la más grande y sublime institución de la humanidad.

Repito, señores, q' este edificio hace un tiempo lo vi apenas en estado embrionario y aún así ya desafiaba el indiferentismo de aquellos que ignoraban ó querían ignorar el destino que le estaba reservado, cual es el de perpetuarse á través de las edades. Y hoy que lo vuelvo á mirar, gracias á la protección del preclaro ciudadano don José J. Rodríguez, con sus puertas abiertas de par en par, cual amorosa madre que se presenta vestida de gala para recibir en su seno á los amantes hijos, se viene á mi mente la imagen de la juventud personificada, que con el candor de la inocencia, la pureza en la frente, la sonrisa en los labios y ¡ay! el tupido velo de la ignorancia corre presuroso cual bandada de inecentes palomas á hacer su nido en este augusto templo de la enseñanza.

Sí, en este templo que guardará la preciosa llave del saber, es donde las futuras generaciones abandonarán la negra toalla de la ignorancia para ceñirse la brillante aureola que trasporta al hombre niño á las regiones de un mundo desconocido.

Loor á los gobiernos que se desvelan para fomentar la enseñanza; su nombre será transmitido de generación en generación, y en las páginas de la historia no se encontrará mancha que oscurezca el brillo de su gloria.

Molestaré un momento más vuestra atención.

Como antes dije, vengo en nombre de

una corporación como intérprete de sus aspiraciones; vengo en nombre del obrero, de ese hombre de manos ásperas, que sólo inclina la frente al peso de las herramientas, á depositar los fervientes votos de gratitud que en esta inolvidable noche arroja á los pies del primer jefe de la Nación. Ellas no son coronas entretreídas con los laureles de la fama; pero sí, humildes rosas que no se marchitan con el aliento de la ociosidad.

Señores artesanos, yo creo que así como nuestro Gobierno actual se desvela por los intereses del pueblo, levantando por doquiera estos templos del saber, se empeñará no muy tarde, en fundar la escuela de Artes y Oficios, templo del trabajo. Entonces no veremos á jóvenes, que cumplidos los catorce años, vagan por las calles sin rumbo ni profesión, con el semblante demócrado demostrando los estragos de la pereza ó marchitando la flor de su edad en esos gantos del vicio y la corrupción que desgraciadamente abundan en nuestro país.

Para terminar me permito rendir á nombre del cuerpo de obreros, las gracias al señor Presidente que se ha dignado aceptar el humilde, pero elocuente obsequio que esta noche le tributamos. Y en cambio ¡qué satisfacción experimentamos! la democracia, símbolo del adelanto de los pueblos, estandarte de las naciones que marchan á la vanguardia de la civilización, la vemos representada con caracteres indelebles. El obrero, ese infatigable trabajador que ha sabido devorar en silencio los acerbos dolores de la vida, y agobiado por el peso del trabajo, puede hoy levantar la frente limpia, muy limpia, aunque manchada por el sudor. Pasó el tiempo en que el obrero no era tenido más que por un mártir de la escasez que nada significaba ni nada valía. Ya no se considera el trabajo manual como ocupación degradante, sino como la doctrina del hombre Dios, obrero del universo.

Y decidme señores, con lo mano puesta en el corazón ¿habrá misión más satisfactoria, ni placer más puro que el que experimenta el padre que gana el pan de su familia con el sudor de su frente, cuando al volver del trabajo lo rodean la amante esposa y los queridos hijos? Ese padre de familia, que fatigado por el trabajo busca tan sólo el reposo, no traiciona el lugar amigo, no hace girones la honra del vecino para arrojarlo después en inmunda cloaca, ni siente que el duro aguijón del remordimiento la devore sin cesar el corazón.

Ya que hoy señores, ha cambiado el estado de cosas, ya que el hombre puede dejar el delantal y las herramientas para disfrutar de los derechos que le brinda la libertad, que sea éste el primer paso de cultura dado por la clase obrera, bien que le pese al sarcástico egoísmo de aquellos que llamándose aristócratas, destruyen y oprimen el naciente empuje del artesano, temerosos de que un día, caída la venda, conozca el pueblo á qué seres les ha rendido homenaje. El dinero y la sangre han sido siempre antifaces con que se disfrazan los tiranos; pero que rarísimas propiedades tienen por base el trabajo y la sangre, bien sabe Dios que no son solamente los plebeyos los que registran líneas mixtas en el cuadro de su genealogía. Pero me alejo demasiado de mi objeto; terminaré declarando que no es este un anatema de venganza lanzada á nuestros adversarios, sino la sentida demostración de nuestras quejas.

Compañeros, acordaos siempre que "la unión hace la fuerza," trabajemos porque nuestra sociedad sea cada día más compacta, recíbanos en su seno tanto el humilde artesano y de alguna ilustración, pues éste le dará timbre y gloria, como el infeliz que tambalea al pesod el infortunio para que encuentre siquiera un oasis en el desierto de la vida.

Dije.

(f.) J. RAFAEL MEOÑO.

Cartago, Setiembre 6 de 1891.

TELEGRAMAS.

Puntarenas, Setiembre 13.—Anoche á las 10 fondeó el vapor Barracouta, procedente de Panamá y consignado á la Compañía de Agencias: pasajeros, José Cabezas, Alberto

Salazar, A. Morrice y Susana Deliyore. Carga: 301 bultos mercaderías y 3 sacos correspondencia.

Limón, Setiembre 13.—Anoche á las 12 zarpó el vapor "Athos" con destino á New York, sin pasajeros. Carga: 15780 racimos bananos, 64 bultos cueros y 10 sacos y 1 paquete correspondencia. Despachado por C. F. Willis.

Limón, Setiembre 13.—A las 3 p.m. fondeó el vapor Foxhall procedente de Trujillo: pasajeros: George Zorro, Charles M. Hayt, y Henry Michals. Carga: 1448 bultos y 200 novillos. Correspondencia, 9 sacos: consignado á Keith.

AVISOS.

UNCABALLO.

El 15 del corriente se me perdió en el barrio de Alajuelita un caballo melado sin fierrro, está "arratonado" y tiene además una herida en medio de la nariz.

Á la persona que me lo presente le reconoceré los gastos que le haya ocasionado.

Á las autoridades también suplico me den razón de dicho animal.

ROMÁN SÁNCHEZ.

Alajuelita, 16 de Setiembre de 1891.

Interesante.

Muy baratas vendo dos fincas, una en Curridabat, de ocho manzanas de café, potrero y caña dulce, y una buena casa de habitación; y otra en Tarrazú, de más de 300 manzanas, de potrero, desmontes y el resto de montaña; allí también hay una casa.

Mojón, Setiembre 15 de 1891.

JOSÉ DELGADO.

Ferrocarril del Pacífico.

Durante los tres días de fiestas en Puntarenas y que principian el 15 del corriente, el tren será diario, saliendo de Esparta á las 9 a. m. y de Puntarenas á las ocho p. m.

Ferrocarril del Pacífico.

Esparta, 9 de Setiembre de 1891.

EL ADMINISTRADOR.

AVISO.

Durante mi ausencia del país queda mi Notaría encargada á don Alberto Gallegos.

P. PÉREZ ZELEDÓN.

6 v.—1

Gran Depósito de Tabacos y Cigarros

DE

CORREO APARTADO } P. & F. Valiente. } CALLE CENTRAL NORTE
Nº 105. } Nº 72, antes Catedral.

ESPECIALIDAD EN TODA CLASE DE PUROS Y CIGARROS.

Inmenso surtido de las más acreditadas Fábricas de la Habana, Santiago de Cuba, Kingston, Jamaica, México, Hamburgo, New Orleans, New York, San Salvador y del país.

Picadura de todas clases.

Papel para cigarrillos, en libritos y en pliegos.

Fósforos de fantasía.

¡Precios sin competencia.

VENTAS POR MAYOR Y DETAL.

NOTA.—Damos especial atención á los pedidos que se hagan de provincias

AVISO.

El Gobernador de Puntarenas excita á todas las autoridades de la República para que capturen y remitan á esta Gobernación ó á lo menos den cuenta del lugar en donde se halle el reo Santiago Alvarado, que se ha fugado del Hospital de esta ciudad, donde estaba por enfermo. Su fuga se verificó en la noche del 3 del corriente.

Su filiación es como sigue: estatura 5 piés 5 pulgadas, edad 21 años, cara redonda, ojos amarillos, pelo negro, nariz, boca y frente regulares; barba ninguna, cicatrices ninguna.

Gobernación de la Comarca de Puntarenas—4 de Setiembre de 1891.

OCTAVIO MOYA.

NEGOCIO MAGNÍFICO.

Vendo mi casa de habitación, situada en el mejor punto de la ciudad de Alajuela,—Suroeste de la Plaza principal,—reúne todas las comodidades apetecibles para una numerosa familia lo mismo que para cualquier clase de comercio, pues tiene departamentos adecuados al objeto; además su construcción es á prueba de temblores.

Vendo asimismo un terreno de potreros y leñas, como de dos caballerías, sito en "La Laguna", á hora y media de camino de la ciudad referida.

El que desee más pormenores sobre los inmuebles indicados, puede dirigirse en San José á don Julio Castro y en ésta á la que suscribe.

MARÍA S. V. DE CASTRO.

Alajuela, Agosto de 1891.

AVISO.

De esta fecha en adelante se venderán en el Almacén Nacional Escolar las medidas para granos y las romanas Fairbanks, con una considerable rebaja de precio.

Almacén Nacional de útiles y libros de enseñanza.—San José, 22 de Agosto de 1891.

10 v.—6.

BAÑOS

Baños de aspersión sin rival en San José, servidos por agua filtrada y con el mayor aseo y decencia.

Avenida Central en Cuesta de Moras, casa de don Joaquín Matamoros nº 481 y 491.

San José, 14 de Julio de 1891.